

Casa 203 de las américas

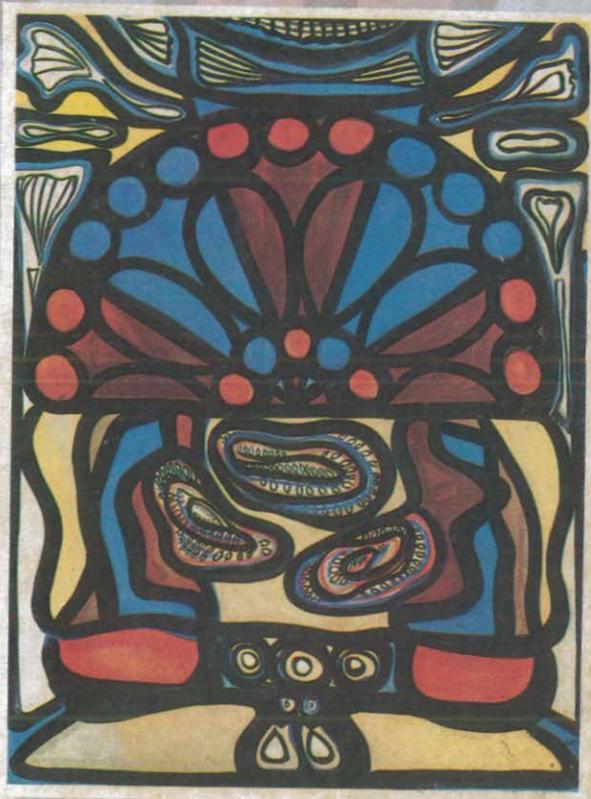
ABRIL-JUNIO DE 1996

Doce miradas a
Tomás Gutiérrez Alea

JAMES JOYCE /
LEÓNIDAS LAMBORGHINI:
Anna Livia Plurabelle

Nuestra América, Europa,
los Estados Unidos

Escritura contra simulacro



José Antonio Portuondo,
martiano y marxista

Sobre/con
Roque Dalton,
Tomás Harris,
Volodia Teitelboim

Tango habanero

El Cono Sur africano

Textos de CINTIO VITIER, ABEL POSSE, HUMBERTO AK'ABAL

CENTENARIO DE AMELIA PELÁEZ

casa 203 de las américas

Órgano de la Casa de las Américas

AÑO XXXVI, NÚMERO 203
ABRIL-JUNIO DE 1996

FUNDADORA:
Haydee Santamaría

DIRECTOR:
Roberto Fernández Retamar

JEFE DE REDACCIÓN:
Luis Toledo Sande

CONSEJO DE REDACCIÓN:
Luis Campuzano
Jorge Fornet
Eduardo Heras León
Raúl Hernández Novás (†)
Marcia Leiseca
Ernesto Sierra

DISEÑO Y EMPLANE:
Ricardo Rafael Villares

ADMINISTRACIÓN:
Jorge López Tuero

REDACCIÓN:
Casa de las Américas, 3ra. y G,
El Vedado, La Habana 10400, Cuba.
Teléfonos: (537) 32 3587, 32 3588
y 32 3589
Telefax: (537) 33 4554 y 32 7272
Télex: 511 019 CAMER CU
Correo electrónico: casa@tinored.cu

VÍAS DE SUSCRIPCIÓN:
Ver reverso de contraportada

PRECIO DEL EJEMPLAR EN CUBA: \$ 5 (MN)

Hechos/Ideas

- 3 JORGE RUFFINELLI
Doce miradas (y media mirada más)
al cine de Tomás Gutiérrez Alea
- 15 JENARO TALENS
Escritura contra simulacro. El lugar
de la literatura en la era electrónica
- 29 MIGUEL ROJAS MIX
La cultura en las relaciones entre
la Unión Europea y la América Latina,
y la especificidad de Iberoamérica
- 37 CAROLYN PORTER
Lo que sabemos que no sabemos:
para volver a trazar el mapa
de los estudios literarios americanos
- 51 ROBERTO SEGRE
Tango habanero

Letras

- 61 JAMES JOYCE / LEÓNIDAS LAMBORGHINI
Anna Livia Plurabelle
- 64 CINTIO VITIER
A Juana Borrero
- 66 HUMBERTO AK'ABAL
Por eso; Relámpago; El pregonero;
Lejanía; Pájaro de pueblo
- 69 LUIS MARRÉ
De *Techo a cuatro aguas*
- 72 CRISTINA GUTIÉRREZ RICHAUD
Monólogo de piernas cruzadas;
Luna verde
- 74 ALEX PAUSIDES
Hablando con la lluvia un día de fuego
- 77 CARLOS DÜRING
De la distancia y otras cosas
- 80 MIGUEL BARNET
Hijo de obrero; Acta II; Acta III
- 82 CARE SANTOS
El deshielo 4º C

85 JESÚS J. BARQUET

La Casa

86 ABEL POSSE

De *Los heraldos negros*

Notas

- 91 LUIS TOLEDO SANDE
José Antonio Portuondo, martiano
y marxista
- 96 MARIA LUISA LAVIANA CUETOS
José Martí y la ética política
- 100 SOLEDAD BIANCHI
Una mirada a la poesía de Tomás Harris
- 103 EDGAR MONTIEL
Un poco de filosofía de la historia
para el Perú de hoy
- 108 FRANCES JAEGER
El poeta y el lector revolucionario
en *Historias prohibidas del Pulgarcito*
de Roque Dalton

Entrevistas

- 116 ORLANDO CASTELLANOS
Volodia Teitelboim entre dos pasiones

Con ojos de esta América

- 126 RODOLFO SARRACINO
La Comunidad Económica
del Atlántico Sur

Artes plásticas

- 133 Homenaje a Amelia Peláez
MARÍA ELENA JUBRÍAS
Amelia, creadora de lenguaje
GRAZIELLA POGOLOTTI
Una artista fundadora
ADELAIDA DE JUAN
«¡Qué gran pintor, Amelia Peláez!»
- 140 LOURDES BENIGNI
Las noches innombrables de Lucía Maya

Cuatro números por año.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.

La opinión de la Casa de las Américas se expresa en los editoriales y en notas que así lo indiquen.

No se devuelven originales no solicitados.

Inscrita como impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa.
Permiso No. 81222/153.

Impresa en el Taller 01, Osvaldo Sánchez, La Habana, Cuba.

© Casa de las Américas, 1996

ISSN 008-7157

En la redacción de este número prestó especial colaboración Yaramí Ramos Gómez.

La composición computarizada la hizo Roxana Monduy.

En el Taller Osvaldo Sánchez las tareas de fotomecánica las realizaron

Isabel Vicent, Ángela Oliva, Rafael Portela y Juana Argüelles; las de impresión, Jorge Luis Santa Cruz, Ramón Díaz y Antonio Clavel; las de encuadernación y acabado, Josefina Alé, José Arzola y Manuel Pérez.

La edición de este número recibió apoyo financiero del Fondo para el Desarrollo de la Educación y la Cultura, de Cuba.

Libros

**142 GILBERTO VALDÉS GUTIÉRREZ
y JOSÉ RAMÓN FABELO CORZO**

La empecinada herejía
de Adolfo Sánchez Vázquez

148 REINALDO MONTERO

Contar el cómo contar

150 JUAN NICOLÁS PADRÓN BARQUÍN

El incendio de las naves

152 ZULEIKA CRUZ

Muchas (y muchos) tienen que agradecerlo

156 ALICIA OBAYA

Vitral de versos

158 Otros libros

161 *Al pie de la letra*

170 *Recientes y próximas de la Casa*

175 *Colaboradores/Temas*

Ilustra la portada de éste número una obra de AMELIA PELÁEZ (Cuba, 1896-1968) perteneciente a la Colección Arte de Nuestra América Haydee Santamaría, de la Casa de las Américas.

GILBERTO VALDÉS GUTIÉRREZ
JOSÉ RAMÓN FABELO CORZO

La empecinada herejía de Adolfo Sánchez Vázquez*

El 10 de marzo de 1929, en carta a su amigo argentino Samuel Glusberg, José Carlos Mariátegui hizo una alusión aparentemente críptica a su *Defensa del marxismo*: «Agradezco y acepto su ofrecimiento de gestionar la publicación de este libro por *La Vanguardia*. Pero temo que mis conclusiones desfavorables al marxismo, aunque no abordan la práctica de los partidos socialistas, sean un motivo para que *La Vanguardia* no se interese por este libro.»¹ ¿Cuáles eran esas «conclusiones desfavorables al marxismo», presentes además en un texto que abiertamente anunciaba en su título todo lo contrario?

Un año después, el Amauta ofrece al propio Glusberg las claves para desarticular aquella paradoja, válidas no sólo para el libro referido; sino para la comprensión de toda su fundante creación marxista:

* Federico Álvarez (ed.): *Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días*; y Gabriel Vargas Lozano (ed.): *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, México, D.F., Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1995. (En lo sucesivo esos volúmenes serán designados, en ese mismo orden, con los números romanos I y II, y en cada cita la paginación correspondiente se indicará con números arábigos.)

1 José Carlos Mariátegui: «Carta a Samuel Glusberg, 10 de marzo de 1929», *Correspondencia*, Lima, 1984, t. 2, p. 525.

He escrito, por vía aérea a Madrid, preguntando si puede imprimirme ahí, por *Historia Nueva*, en el menor plazo, mi *Defensa del marxismo*, que contribuiría a hacerme conocer en Buenos Aires, con un trabajo que estimo exento de todo pedantismo doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia.²

La historia del marxismo crítico —y no de su preceptiva escolástica— está llena de ese tipo de «conclusiones desfavorables». Marx y Engels fueron los primeros grandes herejes, tanto respecto a sus propias consideraciones y resultados teóricos, sometidos a implacable crítica y superación a lo largo de sus vidas, como a la plena conciencia que tuvieron sobre las necesarias correcciones, síntesis y desprendimientos paradigmáticos que el futuro depararía a su obra. También Lenin y Gramsci, para sólo mencionar dos genuinos continuadores, adelantaron «conclusiones desfavorables» al oponerse a la sacralización formal (antimarxista) de determinadas tesis de Marx, inviables en las nuevas condiciones de principios de siglo.

Un gran defensor-herético del marxismo motiva esta nota. Es un hombre que, a contrapelo del imperativo

2 José Carlos Mariátegui: «Carta a Samuel Glusberg, 11 de marzo de 1930», *ibid.*, p. 740.

finisecular hacia la autocomplacencia del «sano sentido común», declara:

pese al fracaso del «socialismo real», y no obstante los cambios notables que se han dado desde que Marx escribió *El capital*, la experiencia histórica demuestra que el sistema capitalista sigue siendo incapaz de resolver los graves problemas que crea por su propia naturaleza: desempleo masivo, desigualdad social creciente no sólo entre sectores sociales, sino también entre países, deshumanización o cosificación de la existencia humana, desastres ecológicos, etcétera. Por esta razón fundamental [...] hay que retener los materiales teóricos, prácticos del marxismo que propugnan o fundamentan el socialismo como una alternativa social necesaria, deseable y posible, aunque no inevitable, al capitalismo [I, 303-304].

Casa de las Américas ha pedido, en justo homenaje a este genuino marxista, un comentario a dos volúmenes que celebran desde México, con inteligente selección, abierta a la controversia, su 80 aniversario: *Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días* y *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez*, editados por Federico Álvarez y Gabriel Vargas Lozano, respectivamente.

Los días académicos de Sánchez Vázquez muestran, a la vez, la tenacidad inquisitiva del estudiante que fue y que sigue siendo y su portentosa dedicación a la docencia universitaria, desde cuyas cátedras, más que entregar saberes acabados a sus discípulos, favoreció la máxima de «aprender a aprender», en un proceso de construcción del conocimiento que hizo suya la convicción martiana de que «la libertad vive de respeto y la razón se nutre en la controversia». Sin embargo, la Academia no fue sino una de las instancias de su activa intervención social, política y cultural. Federico Álvarez lo señala:

Para el doctor Adolfo Sánchez Vázquez, como para todos los profesores y alumnos que acaban interiorizando ese raro espíritu intersubjetivo que se vive en el ámbito universitario, el trabajo académico acaba confundiendo con la vida. Y no porque se haga de la vida un claustro privilegiado (cerrado) de cultura y sensibilidad, sino porque se hace del trabajo académico un privilegio que se vuelca en la vida

cotidiana. La docencia es ya una demostración de esa ósmosis peculiar; quien haya asistido a las clases del doctor Sánchez Vázquez lo sabe. Pero acaso su más palpable y directa demostración, al menos en el campo de las humanidades esté en esa salida al exterior, en esos «discursos en campo abierto», como decía Max Aub, que son los artículos en revistas, los libros publicados, las charlas y conferencias dictadas fuera de la Universidad y, particularmente, la aparición en la prensa diaria [I, 7].

Precisamente, *Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días* representa un sólido intento por reflejar una labor que, sin llegar a ser totalmente extrauniversitaria, funge como contextualización de la actividad creadora realizada por el pensador marxista en el plano académico. El libro está compuesto por siete retratos escritos, casi una treintena de entrevistas, un registro temporal de los principales hechos y actividades de la vida de Sánchez Vázquez y una iconografía con imágenes de su mundo familiar y de su desempeño político y profesional, todo presentado en un meticuloso orden cronológico que recorre los hitos más importantes de su octogenaria existencia.

Son objetivos centrales de este volumen mostrar las condiciones difíciles —y al mismo tiempo fértiles para el desarrollo de una obra creadora— en que el filósofo hispano-mexicano elige su espinoso camino, y apresar las experiencias vitales, los encuentros y desencuentros de un autor que piensa —digámoslo con sus propias palabras— «que todo nuevo texto de un marxista debiera ser, hasta cierto punto, autocrítico. No sólo porque algunas ideas propias pueden revelarse como falsas sino también porque la realidad con su movimiento incesante obliga a re-visorlas» (I, 193). Opción coincidente con aquella que llevó a negar su condición de «marxista» al propio Marx, y a que Mariátegui calificara sus conclusiones como «desfavorables al marxismo», es decir —apunta Álvarez— «una tercera vía “no-marxista” del marxismo, entre el dogmatismo y el reformismo» (I, 9), abierta a un constante enriquecimiento de un cuerpo teórico en permanente ajuste con el movimiento de lo real. Ésa es la ruta crítica y creadora, cuyo contexto ambiental en el caso de Sánchez Vázquez este libro se propone atrapar.

A la «Presentación» de Federico Álvarez siguen siete semblanzas escritas por diversos motivos, entre 1987 y 1994, comenzando por el discurso del doctor Mariano Peñalver Simó en la investidura de Sánchez Vázquez como doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Cádiz y las palabras pronunciadas por el entonces embajador de España en México, Pedro Bermejo Marín, durante el acto de imposición de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al filósofo marxista en julio de 1989. Otros comentarios sobre su vida y su obra fueron originalmente publicados en diferentes libros, revistas y periódicos y se deben a José Ramón Enríquez, Silvia Durán, María Teresa Yurén, Gabriel Vargas Lozano y Estela Alcántara, con énfasis, según el caso, en su condición de exiliado, en su labor docente, en su actividad política o en su marxismo abierto.

Veintinueve entrevistas al maestro Sánchez Vázquez enriquecen este volumen. La primera, que tiene ya más de treinta años, fue hecha el 28 de noviembre de 1965 por Margarita García Flores y publicada inicialmente en *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*. La última de ellas fue concedida a Gabriel Vargas Lozano el 24 de julio de 1995 para su publicación en la *Revista Internacional de Filosofía Política*. Este amplio diapasón temporal permite apreciar la dinámica del pensamiento de Sánchez Vázquez, su constante crecimiento, su permanente sujeción a la realidad, su continuo movimiento hacia más altos escaños de creatividad teórica. Y, a la vez, evidencia la firmeza de principios de una línea de pensamiento que pone por encima de cualquier autoridad circunstancial la fidelidad a la verdad y al ideal de una sociedad más justa. Es ello lo que explica su paulatino pero firme distanciamiento con respecto al marxismo dogmático, proceso que comienza a finales de los 50 e inicios de los 60 bajo la reconocida influencia de distintos factores, entre los que ocupa un lugar destacado la Revolución Cubana.

La cronología y la iconografía que cierran el volumen constituyen un valioso complemento para penetrar en la dialéctica relación entre los trabajos y los días de Adolfo Sánchez Vázquez. El recuento cronológico de la vida y la obra del destacado luchador, si bien sólo llega hasta 1986 (fue preparado originalmente por Ana Lucas para un libro publicado en 1987), permite seguir paso a paso

la evolución de un hombre que ni política ni intelectualmente ha cesado nunca de crecer. Las fotografías van desde 1933 hasta 1995 y ofrecen la imagen visual de un itinerario que ha sido, más que todo, el de un revolucionario consecuente. Las palabras de Adolfo Sánchez Vázquez que ponen punto final a la cronología fueron escritas en 1985, pero su actualidad y su vigencia harían sospechar a cualquiera que han sido pensadas hoy. Hablan por sí mismas de la firmeza de espíritu, la capacidad de anticipación y la fe revolucionaria de su autor:

Muchas verdades se han venido a tierra; ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Y, sin embargo, hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo—vinculado con esas verdades y con esos objetivos y esperanzas— sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible. Sigo convencido asimismo de que el marxismo—no obstante lo que en él haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes estamos convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera hoy no sólo la explotación de los hombres y los pueblos, sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque en el camino para transformar ese mundo presente hay retrocesos, obstáculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles, no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que, desde nuestra juventud—como socialismo— hemos concebido, soñado, deseado [I, 376].

En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez agrupa en seis secciones numerosos estudios sobre la fructífera obra del pensador hispanoamericano, y algunos trabajos suyos. En la primera sección («Vida y filosofía»), autores de España y América—Ramón Vargas-Machuca, José Luis Abellán, Fernando Claudín, Javier Muguerza, Carlos París, Valeriano Bozal, José Jiménez, Jaime Labastida, Bolívar Echeverría, Gilvan P. Ribeiro— evalúan el itinerario vital, el magisterio, el pensamiento filosófico de Sánchez Vázquez, quien inició su formación filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, al influjo de los aires vitalistas e irracionistas dominantes y en particular de la obra de Ortega y Gasset.

Fue en el exilio mexicano donde esa formación se consolidó. La asistencia a los seminarios de Gaos y, en especial, la labor docente realizada junto a Eli de Gortari —«el primer filósofo marxista de carne y hueso» (I, 58) con quien entablara relación— marcaron un momento clave para la ampliación de sus horizontes teóricos a partir de los primeros años de la década de los 50. La impronta de sus preocupaciones iniciales en torno al marxismo, presas aún de la versión posleninista del *dia-mat*, constituyó el sistema de coordenadas desde el cual inició su labor renovadora. Muy pronto se produjo «un proceso de alejamiento primero, de ruptura después y de superación más tarde con respecto a ese marxismo institucionalizado» (II, 21).

Su tesis de maestría (*Conciencia y realidad en la obra de arte*, 1955) muestra, en el terreno escogido de la estética, los primeros resultados significativos de sus búsquedas originales, más allá de las formalizaciones reduccionistas usurpadoras del legado de Marx. Con su tesis doctoral (*Sobre la praxis*, 1966) culmina en parte el referido proceso de ruptura y, a la vez, queda fundamentada una asunción del marxismo que, sean cuales fueren las críticas a ella hechas desde tradiciones hermenéuticas diversas, exhibe hoy un cuerpo teórico y metodológico de sugerentes vitalidad y duración.

«Los manuscritos económico-filosóficos de Marx» es el título de la segunda sección de *En torno...*, y reúne trabajos de Juliana González Valenzuela, Cesáreo Morales, Andrés Barreda Marín, David Moreno Soto, Jorge Veraza, Andrés Sierra y el propio Sánchez Vázquez. Son reflexiones críticas sobre su ensayo *Filosofía y economía del joven Marx. Los Manuscritos de 1844* (1982), de amplia difusión y obligada referencia en las polémicas sobre el humanismo marxista. La tercera sección es «Filosofía de la praxis», con aportes de José Ignacio Palencia, Gabriel Vargas Lozano, José Jiménez, Nils Castro, Carlos Pereyra y Stefan Gandler.

Vargas Lozano destaca el peso del humanismo en la concepción filosófica de Sánchez Vázquez, base reconocible en su inclinación hacia la filosofía de la praxis desde *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la praxis* (1967) y *Filosofía y economía en el joven Marx* (1978). A juicio de Vargas Lozano se trata de una posición que no debe identificarse con otras vertientes que

también se arrojan el status de filosofía de la praxis. Los puntos que, en opinión de Vargas Lozano, componen la posición de Sánchez Vázquez son:

- 1) La praxis es la categoría central del marxismo.
- 2) Existe unidad indisoluble entre proyecto de emancipación, crítica de lo existente y conocimiento de la realidad a transformar.
- 3) El objeto de la filosofía es la praxis pero no la convierte en objeto de contemplación, sino que la integra activamente en la transformación.
- 4) Este hecho involucra una opción de clase.
- 5) La filosofía de la praxis tiene como funciones las siguientes: crítica, política, gnoseológica, conciencia de la praxis y autocrítica.
- 6) Todas estas funciones se hallan en relación de determinación por la función práctica de la filosofía [II, 278].

En cuanto al modo de entender la relación entre ciencia, crítica y proyecto en la obra de Marx, Sánchez Vázquez sostiene que es necesario pensarla en su unidad dialéctica: «Todos los intentos por destacar un solo aspecto: lo filosófico (Lukács); lo científico (Althusser) o lo ideológico y político (Gramsci) han tenido que prescindir de algo en la teoría de Marx» (II, 281). El tema —continúa Vargas Lozano— es

¿cómo se efectúa en forma concreta esta unidad?, ¿en qué consiste la autonomía relativa de sus partes integrantes?, y, sobre todo, ¿cuál es la intervención específica de la filosofía en obras como *El capital*? [...] En la obra de Sánchez Vázquez se encuentran las bases para acometer esta empresa, pero creo que se vería enriquecida con un análisis de esta naturaleza [*Idem*].

Al parecer, una de las críticas más consistentes hechas a su filosofía de la praxis es la recepción tardía de Gramsci y la ausencia de una reflexión abarcadora sobre sus aportes y limitaciones. Ante ello Sánchez Vázquez ha manifestado:

Por lo que toca más especialmente a Gramsci, su aportación es importantísima y merecía, lo reconozco, una

mayor atención que la que se le presta en mi libro [*Filosofía de la praxis*], tanto por lo que se refiere a mis diferencias con él como a sus coincidencias, mayores éstas que aquéllas. Esta inatención puede explicarse por la tardía recepción de su obra en América Latina; sin embargo, en mi *Filosofía de la praxis* se hace presente tanto en la primera como en la segunda edición. No obstante la brevedad e insuficiencia de las referencias a Gramsci, valoro en alto grado el significado teórico y práctico que para él tiene la praxis como categoría filosófica fundamental frente a la restauración del viejo materialismo que lleva a cabo Bujarin. Pero la aportación gramsciana va mucho más allá de esto, al introducir conceptos nuevos y fundamentales en el terreno de la filosofía política que están ausentes en mi libro [I, 313].

En otro sentido, algunos mencionan la carencia de interés cognoscitivo sobre la naturaleza y las ciencias naturales, así como el hecho de que la filosofía de la praxis ha sido pensada más en relación con el debate europeo que con el entorno latinoamericano. Sobre esta última indicación, Vargas Lozano apunta que «los agudos e importantes trabajos de Sánchez Vázquez en torno al marxismo latinoamericano en general y a la obra de Mariátegui en particular, han subsanado, al menos en parte, lo señalado» [II, 10].

El recuento del magisterio de Sánchez Vázquez carecería de su núcleo más conocido e influyente sin el tipo de materiales que se compendian en la cuarta sección: «Estética y marxismo». En los textos de Justino Fernández, José María de Quinto, Ramón Xirau, Luis Cardoza y Aragón, José Luis Balcárcel, Gerardo Mosquera, Silvia Durán Payán, Jorge de la Fuente, Teresa del Conde, Juan Acha y, como en las anteriores, del propio Sánchez Vázquez, aparecen valoraciones sobre esta esfera particular del quehacer del filósofo mexicano-español. Tanto por su sostenida atención a los fenómenos estéticos como por su consecuente rechazo a las aberraciones conceptuales y político-culturales de sesgo estalinista sobre el arte, Sánchez Vázquez contribuyó decisivamente al desarrollo de los estudios marxistas sobre la cultura en el ámbito latinoamericano y mundial.

De más reciente, polémica y generalizada estimación son sus incursiones en la filosofía política. «Filosofía política, ética y socialismo» comprende análisis y opiniones sobre su penetrante reflexión en estos campos. Víctor Flores Olea, Luis Villoro, Alfonso C. Comín, Enrique González Rojo, Étienne Balibar, Manuel S. Garrido, Magdalena Galindo, José María González García, Alfonso Peralta y Samuel Arriarán dan cuenta de un pensamiento que, en buena medida, vaticinó muchos de los signos de la crisis del socialismo europeo, y contribuyó a liberar la idea de la nueva socialidad poscapitalista del fardo antidemocrático que arrastraron muchos de los intentos superadores iniciales.

Una vez articuladas las bases de su saber filosófico, Sánchez Vázquez avanzó durante los años 70 y 80 hacia consideraciones teórico-políticas congruentes con su honradez intelectual y su ética afirmativa: *Del socialismo científico al socialismo utópico* (1974), *Ciencia y revolución. El marxismo de Althusser* (1978), *Ensayos marxistas sobre historia y política* (1985), *Escritos de política y filosofía* (1987) son, entre otros, muestras palpables de un esfuerzo crítico digno de tenerse en cuenta en las actuales condiciones de reconstrucción del paradigma emancipatorio.

Si desde un tipo de saber instrumentalizado el derrumbe del socialismo real aparecía como modelo de imposibilidad, o como fantástica especulación del soviétólogo de turno, en los trabajos de Sánchez Vázquez hallamos el hilo teórico conductor para entender, mucho antes de su precipitación, deformaciones y desproporciones ocultas entonces por la apologética de aquellas sociedades. Volver a esos y a otros estudios más recientes resulta un antídoto eficaz para evitar la absolutización de la visión «conspirativa» (sin negar, por supuesto, la magnitud de la conspiración) que, huérfana de las mediaciones necesarias, sustituye el examen marxista concienzudo de lo ocurrido por la explicación anecdótica de las contradicciones reales.

Especial interés presenta la última sección del libro («Ideología y filosofía»), centrada en la controversia entre Luis Villoro y Sánchez Vázquez en torno a los usos conceptuales y prácticos de lo ideológico. Esa polémica

recogida fue sostenida por años, y —considera Vargas Lozano—

es ejemplar por el respeto a sus respectivas concepciones; por su penetración en el fenómeno ideológico y por la profundidad a que llegan en sus planteamientos. Los dos se mantienen, por ahora, en sus respectivas posiciones pero han enriquecido notablemente a sus lectores [II, 13].

En medio de tantos desaprendizajes necesarios y de tantas desconstrucciones desmovilizadoras, Adolfo Sánchez Vázquez sigue asumiendo la vieja certeza apodíctica que conmina a ejercer *la crítica radical de todo lo que existe*, sin que ésta retroceda *ni frente a los resultados logrados ni frente al conflicto con las fuerzas existentes*. Para ello, sin violar la continuidad de lo conocido, no dudó en recomponer las nociones históricas conformadas y el instrumento analítico heredado. Porque no siempre acertó en su empeño y fue conciente de la necesidad de superarse a sí mismo, su herencia es más valiosa. El talón de Aquiles de cada hombre (y, por tanto, de cada marxista) es precisamente la huella más significativa de su condición humana.

Con la nostalgia formalista de una versión teórica omnicomprendiva no puede enfrentarse el reto de hacernos las nuevas preguntas en la nueva lógica de la época. Un marxismo que aspire a legitimar su capacidad indagadora tendrá que corregir sus miras, abandonar la complacencia especulativa con que haya pretendido pensar cómodamente la totalidad y, al mismo tiempo, al exorcizar sus resabios, no sustituir la apropiación/reconstrucción crítica de cada nuevo contenido aportado desde otras metodologías, por la tentación diletante del eclecticismo y la sumisión «provinciana» a los dictados de las modas académicas.

Perry Anderson destacaba recientemente como primera «lección» del neoliberalismo para la izquierda, el hecho de que Hayek y sus adeptos no tuvieron ningún miedo de estar contra la corriente política de nuestro tiempo desde fines de la década de los 40 hasta los 70, cuando el saber convencional (favorable al Estado benefactor y al solidarismo de posguerra) los hacía aparecer como excentricos o locos, hasta que se produjo el cambio de condi-

ciones que generó la nueva hegemonía neoliberal. Cuando, durante los últimos años, muchos intentaron preterir el marxismo al último círculo de la modernidad ya superada, Sánchez Vázquez no aceptó la dilución de su identidad marxista. Por el contrario: la asumió y defendió no como añoranza «protectora» ante los cambios acaecidos, sino como punto de partida para su intelección, en aras de hallar la nueva lógica de la época y las posibilidades crítico-revolucionarias de su transformación.

Sánchez Vázquez integra la estirpe de defensores del marxismo para quienes «admitir la posibilidad del error exige abandonar la búsqueda de intenciones ocultas y tratar de encontrar argumentos fundados» (II, 251). Si antes fue excomulgado por supuestos defensores de la «pureza ascética» marxista, hoy otra postura, rebosante de fatuo ingenio, vendrá de quienes juzguen contranatura aquella vocación, considerando vulgar la mera reminiscencia de un cuerpo conceptual devaluado por tanto nuevo converso.

Un pensamiento como el de Sánchez Vázquez no podía tener otro destino que el de navegar, casi siempre, contracorriente: en oposición a los vientos del capitalismo siempre, pero también en franco enfrentamiento al marxismo «oficial» *dogmático*, extendido durante tanto tiempo a casi toda la izquierda internacional. Hoy, cuando el «socialismo real» desapareció y la mayoría de aquellos marxistas han dejado de ser dogmáticos, al tiempo que han dejado de ser marxistas, Sánchez Vázquez sigue contra la corriente, en defensa de un marxismo al que no le han desaparecido los fundamentos sociales que le dieron origen y que constituye el soporte ideológico y teórico de un proyecto de sociedad que continúa siendo, tal vez hoy más que nunca, deseable y necesario.

En momentos en que asistimos al dominio casi directo, sin mediaciones, del capital transnacional sobre la sociedad y se globaliza una cultura de la desesperanza y la insolidaridad, desde lo más hondo de la obra de Adolfo Sánchez Vázquez resuena, como nuevo, el viejo adagio de Juan de Mairena: «Nunca os aconsejaré el escepticismo cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta de todo. Es la posición más ingenuamente dogmática que puede adoptarse.»